

V

Alicia, á la que creían retirada á su habitacion hacia largo rato, apareció pálida como su hermana, pero mas tranquila, mas reflexiva.

Se adelantó hasta Luisa, y mostrándole á Jorge, le dijo:

—No maldigas el dia en que le amaste, porque no ha dejado de ser digno de tu amor.

—¡Alicia! dijo Jorge lanzándose hácia ella, como si quisiera impedirla que hablara.

Esta le interrumpió.

—No, le dijo; no teneis derecho para hacerla sufrir por más tiempo, para hacerla dudar asi de vos.

—¿Y crees que no sufrirá tanto en cuanto lo sepa, repuso Jorge.

—¿El qué? preguntó Luisa.

Pero, sin contestarle, Alicia habia tomado las manos de Jorge, y estrechándolas entre las suyas, le dijo:

—Gracias, gracias en mi nombre y en nombre de mi hermana, por la reserva que habeis guardado hasta ahora. Gracias por vuestro sacrificio, por vuestra abnegacion... Os habeis acusado, la habeis dejado dudar de vos, habeis sufrido cuando no habeis hallado ni una palabra que decirle... Ahora, es preciso que sepa la verdad, como la sé yo misma. Los tres necesitamos hablar de nuestra desgracia y buscar un medio de remediarla, si no le encontramos, al ménos, tendremos la satisfaccion de decirnos que solo somos desgraciados, pero no que hay culpables entre nosotros.

Luisa no la habia interrumpido. Escuchaba palpitante, mirándola y mirando á Jorge, comprendiendo que allí habia un misterio, que iba al fin á conocer, que su esposo, su Jorge muy amado, no habia dejado de ser digno de ella y de él mismo.

Se adelantó hácia su hermana y apoyando sus dos manos en los hombros de la jóven, le preguntó:

—¿Qué significa todo esto?

—Esto significa, respondió Alicia, que no es tu marido el culpable... No es él quien ha tomado el dinero.

—¡Ah! murmuró Luisa con alegría.

Luego añadió:

—¿Pero quién ha sido?

Jorge, quiso aún impedir que su hermana hablase, pero como Luisa insistia en querer saber quien

era el culpable, Alicia acabó por decirle en voz baja: es nuestro padre.

—¡Nuestro padre, nuestro padre! repitió Luisa aterrada.

Entonces pidió mas explicaciones, y le fueron dadas. Nosotros las transcribimos aquí, añadiendo sobre el conde de Servan algunos detalles necesarios para la claridad de este relato.

Desde la infancia, se habia apoderado de Monsieur de Servan, el demonio del juego. En el colegio, no pensaba mas que en jugar con bolitas. Los dias que se hallaba *de vena*, llenaba su pupitre de estas bolitas de piedra, mármol ó ágata, le vaciaba al siguiente día, y el dinero de la semana lo empleaba en comprar otras nuevas. Cuando estudiaba retórica, las bolitas fueron reemplazadas por las cartas; en el paseo de recreo, oculto detrás de un lienzo, en el estudio ó en la clase, con un diccionario por escudo, jugaba furiosas partidas de batalla ó de ecarté. Las puestas eran entonces en metálico; pero cuando llegaba á faltar el dinero, jugaba su atlas, sus libros, su papel blanco, sus reglas, sus tarros de dulce; jugaba hasta el tiempo y el trabajo, porque se comprometia ha hacer el tema ó la traduccion de su adversario, si éste ganaba la partida.

Cuando salió del colegio, como su edad no le permitia ser admitido en un círculo ó en una casa de juego, organizaba grandes juegos en la habitacion que

ocupaba en su casa, en los gabinetes de un restaurant, y más tarde en casa de su querida ó la de sus amigos.

Llegó la Revolucion de 1848. La policia, absorbida por la política, se hizo tolerante: los juegos ilícitos triunfaron en todas partes; como por encanto se vieron abiertos muchos círculos sospechosos, donde eran acogidos los jóvenes, con gran amabilidad, y fundarse aquellas célebres mesas de convite, donde despues de una comida de tres francos, la vieja loreta y el mayor, su asociado, desbalijaban jugando al lansquenet al aficionado que frecuentaba aquellos círculos.

El jóven conde de Servan, aprovechándose de esta coincidencia, corria á estos círculos sospechosos, á las mesas de convite; se hacia pródigo entre las mujeres, y al día siguiente, para pagar sus deudas, hacia una visita á un usurero; de modo que cuando fué puesto en posesion de la herencia materna, ya no le pertenecia.

Pero pronto halló otra fortuna que consumir, que fué la de su padre. Esta vez, la devoró en dinero contante, en buenos escudos sacados de su bolsillo y no pedidos por la mañana en calidad de préstamos; como la anterior, ésta desapareció tambien, aunque en los sitios más escogidos, en los círculos oficiales, que se apresuraron á abrirse ante el conde de Servan, el dia en que llegó á tener la edad reglamentaria. Entonces, se levantaba á las dos en invierno, salia a las

cinco, se paseaba durante una hora, comía en el círculo y no le abandonaba hasta las seis ó las siete de la mañana, despues de haberse enriquecido y arruinado, diez veces en la misma noche.

El verano, cuando se desorganizaban las partidas y sus adversarios huían de París para restablecer sus agotadas fuerzas en los establecimientos de baños, en el campo ó en los baños de mar; partía á su vez para Alemania, y se convertía durante dos meses en asiduo concurrente de los casinos. Tenía en ellos gran importancia, jugaba el máximum á todos los golpes, y más de una vez se le vió ganar en la banca más de un millon. Hablaban de él en los periódicos, y los cicerones le mostraban á los extranjerés como un objeto raro.

Pero pronto desaparecía el millon para luego ser reemplazado por otro. Algunas centenas de miles de francos, adquiridas efecto de nuevas herencias, tomaron el mismo camino que los millones, y un dia, el conde de Servan, notó que estaba arruinado.

Sólo entonces, concibió la idea de casarse: Su apostura, aire noble, su nacimiento y la inquebrantable resolucion que parecia haber tomado de no volver á tocar una carta, le permitieron que se uniera á una mujer bonita y á la vez rica. La amó durante algun tiempo, tuvo dos niñas, luego olvidó sus juramentos, jugó de nuevo y dispó la fortuna de su mujer, como habia disipado las anteriores.

Viudo algunos años despues, quiso consagrarse á la educacion de sus dos hijas, porque áun cuando las habia arruinado, las adoraba... como á dos partidas de *baccarat*. ¿Pero cómo sin fortuna educar y dotar á dos jóvenes? Ya no podia esperar nuevas herencias, y en cuanto á trabajar, creía que era para él demasiado tarde. Vedle, pues, obligado aun á hallar recursos en el juego; pero el juego disminuido, pequeño, el de sus primeros años, con grandes trabajos para procurarse por la mañana algunos luises, necesarios para la *baccarat* de la noche, despues de grandes paseos por París, de largas esperas en casa de los hombres de negocios, de préstamos para pagar la deuda del dia anterior, no sólo por un sentimiento de honor, siempre respetable, sino para sostener su crédito y poder continuar jugando.

Entonces, no formaba parte de los grandes círculos, en los cuales paseaba en otro tiempo por entre los miembros más brillantes y los jugadores de más nombre. Sus recursos, no le permitian adelantar las puestas que entonces hacia, y su orgullo, le prohibía, que despues de haber rayado en primera línea, pasara á la última, por lo que se deslizó en los círculos secundarios, donde podia aun figurar con algunos miles de francos. Ganaba algunas veces, perdía las más; pero entre un dia de vena y una noche de desgracia, en medio de estas alzas y bajas consi-

guió hacer educar á sus hijas en un buen convento, y proporcionarles un bienestar relativo.

Ya entonces se trataba de casarlas. Esto no es cosa fácil, sobre todo, cuando no se posee capital alguno, y sí, una reputacion de jugador desenfrenado que aleja á las personas más prudentes. Sin embargo, Luisa de Servan es tan seductora, que Jorge Leroy se enamoró de ella. Para casarse, olvidó la pobreza y el vicio del padre; hizo aun más, quiso que su hermana Alicia viviese con ellos; y como el conde se encontró desde luego aislado, le acogió tambien en su casa.

Al principio, la conducta de Jorge Leroy no tuvo nada de extraordinario: M. de Servan era una persona de las más amables, un huésped cómodo, fácil de sustentar; tenia una conversacion muy amena; le causaba placer tenerlo á su mesa, en su intimidad, bajo su techo. Pero bien pronto no bastó dar al conde habitacion y mesa; fué preciso adelantarle algunas sumas pequeñas y luego mayores, para que pudiera satisfacer sus deudas de honor. ¿Cómo resistirle? Una mañana, fué á ver á su yerno antes que partiera para la oficina, y con su acento más zalamero, y su sonrisa más graciosa, le dijo:

—¿Sabes, mi querido Jorge, que vuestro suegro es un niño viejo?... Ayer me creí de vena, y esperaba ganar algunos billetes de mil francos, para reembolsaros lo que tan generosamente me habeis prestado.

He jugado, he logrado atrapar una combinacion divina, y tengo necesidad esta mañana de cincuenta luises... Prestádmelos por favor; no me obligueis á que los pida á vuestra esposa, á mi querida hija, porque sufre un gran disgusto, cuando sabe que aun sucumbo á mi fea pasion.

Jorge se hizo rogar, pero acabó por conceder lo que le pedian: ¡Tenia tanto temor de causar un disgusto á la que adoraba, y Mr. de Servan, le conocia tan bien!

Pero, á estos préstamos solicitados, debia de seguir un préstamo forzoso, de una gravedad particular, y que segun hemos visto, debia de colocar á Jorge, en una situacion terrible.

VI

Los individuos que han consumido una fortuna, y agotado el crédito de que gozaron algun tiempo, en memoria de su antiguo esplendor, no se arriesgan nunca en los círculos de alguna importancia. Pierden solamente el dinero que llevan en sus bolsillos, y el temor de no poder pagar al día siguiente, les impide el pedir prestado.

—Pero á veces, se forman en París círculos de segundo orden, destinados solo á vivir algunos días, y en los cuales hay más libertad y los estatutos se observan con ménos rigidez. Desde las diez de la noche á las tres de la mañana, mientras que los miembros del comité, fieles guardianes del reglamento, circulan por los salones, se contentan con las jugadas permitidas, en las que todo el mundo toma parte. Pero cuando aquellos se retiran, cuando no temen ninguna observacion, ninguna reprimenda, algunos jugadores se entregan entre sí al juego clan-

destino, tallando bancas formidables, sin preocuparse para nada del máximun estatutario, y en los cuales llegan á jugar sobre su palabra.

El conde de Servan formaba á veces parte de estas partidas peligrosas. Generalmente salia bien librado, pero una de ellas, la última, le fué fatal.

Su larga costumbre de jugar y su grande intimidad con las cartas, debieran haberle hecho adquirir alguna experiencia. No tiene ninguna; el jugador viejo, es un teórico notable; agrada en extremo oírle razonar sobre el juego; os prueba con la mayor claridad del mundo, que en determinadas circunstancias, necesariamente debe de perderse, y que es una locura luchar contra la suerte... y una porcion más de cosas admirables. Pero, en la práctica, olvida absolutamente sus teorías, el sábio que os acaba de hablar así, se agita como un loco y el que es profesor en la materia, se conduce como un verdadero escolar.

Pues bien; Mr. de Servan, una noche que se hallaba en compañía de algunos adversarios en el salon de un... medio círculo, persistió, á pesar de las advertencias de la fortuna, en querer jugar. Perdió cinco mil francos sobre su palabra. Luego, como no sabia cómo pagarlos al día siguiente, perdió hasta veinte mil por recuperar los primeros; se aferró más en su idea, perdió aun, y al salir el sol, después de una lucha encarnizada, se encontró con que

era deudor de setenta mil francos al baron de Saimpré, uno de sus colegas.

El conde se retiró muy triste. No era, sin embargo, la cifra de su deuda la que le ponía así; que hubiera perdido cinco mil ó setenta mil francos, para él era lo mismo. Si no podía pagar la mayor cantidad, le hubiera sido también casi imposible el pagar la pequeña. Se confesaba á sí mismo, que hubiera sido preferible el haber hecho una pérdida considerable; su amor propio sufriría ménos. Se muestra uno más indulgente con un gran acreedor que con uno pequeño, y el conde de Servan con arreglo á su nombre, á su familia y á sus antiguas relaciones, al declararse en quiebra, debía de tener un pasivo respetable. Pero tenía que habérselas con un acreedor intratable, y este pensamiento le atormentaba. Conocía bastante al baron de Saimpré, sabía que no se prestaba á un arreglo, que era de los más severos en materia de juegos, y que siempre estaba pronto á decir una palabra picante á los morosos, y á desenvainar una espada si la palabra no le convenía al interesado.

El conde no rechazaba un duelo; en su vida aventurera había tenido muchos; pero temía con razon un asunto de honor producido por una deuda de juego. En estas cuestiones, el acreedor tiene siempre razon, lleva la mejor parte y nunca deja de decirse: cuando se pierde se paga, y sobre todo no se bate uno hasta que no ha satisfecho la deuda.

Mr. de Servan no podía hacerlo; esperar á hallar setenta mil francos para calmar á su formidable acreedor, sería una gran locura; buscarlos, sería aun mayor. Esperaba pues, con cierta inquietud, con una gran aprension; pero esperaba en su casa, ó más bien en casa de su yerno, sin entregarse á dar pasos que eran absolutamente inútiles.

Pasó un dia y otro, y Mr. de Saimpré no dió señales de vida. Al tercer dia, escribió para refrescar la memoria á Mr. de Servan, que sin duda había olvidado, le decía con mucha urbanidad, la pequeña deuda contraída en la noche pasada.

Colocado en la precision de contestar, el conde declaró en un billete muy bien redactado, que estaba muy lejos de haber olvidado su deuda, pero que era considerable y necesitaba algunos dias para vender algunos valores. Esta es generalmente la disculpa que dan los morosos; es deplorable, y al verla surgir un acreedor, debe de temblar por su crédito. En efecto, si los valores son malos, no los venderá nunca; si son buenos, al contrario; el Banco de Francia, un agente de cambio ó un amigo generoso, se apresurará á adelantar la suma necesaria.

El baron de Saimpré, familiarizado con esta escusa (acaso empleada por su propia cuenta), no se dió por satisfecho y se dirigió al domicilio del conde para pedirle explicaciones sobre su poco tranquilizadora carta.

Esta visita se efectuó á las nueve de la noche.

Mr. de Servan, recibió al baron en el despacho de Jorge. Su yerno, ausente todo el dia, le abandonaba voluntariamente esta habitacion generalmente desocupada. Desgraciadamente, este dia, una media hora antes de la llegada del baron de Saimpré, se habian reunido Jorge Leroy y el americano Markett. Éste habia desembarcado hacia algunos dias, habia venido á ver á Jorge, y despues de cambiar algunas palabras, le habia dicho:

—He tomado ayer en casa de uno de mis correspondientes de París, cien mil francos, de los cuales no tengo necesidad alguna para mi viaje y que tampoco quiero colocar en América. Hacedme el favor de comprarme con esta suma valores franceses al portador, y dispensadme así de ir á casa de vuestro agente, al cual apenas conozco. Si me decido á fijar mi residencia en Francia segun proyecto, ó más bien segun espero, me entregareis los títulos; si por el contrario, parto para los Estados-Unidos, venderemos de nuevo los valores que compreis y me llevaré el importe.

Jorge Leroy no creyó debia rehusarle lo que le pedia; Markett sacó de su cartera un lio de billetes de banco y despues de contarlos, se los entregó á Jorge, que provisionalmente los depositó en un cajon de su mesa de escritorio.

Algunos instantes despues, arreglada esta cues-

tion, Markett, manifestó el deseo de ser recibido por madame Leroy, y Jorge, le condujo á donde se hallaban su mujer y su hermana.

Al dejar su despacho, no pensó en retirar la llave del cajon, que generalmente no contenia ningun valor importante. Este olvido puede sorprender algo en un hombre tan previsor como Jorge Leroy. No habia razon, sin embargo, para admirarse: las personas habituadas, efecto de su profesion, á manejar mucho dinero, no tienen los temores ni toman las precauciones que las personas que por azar se hallan en posesion de una fuerte suma. Un hombre elevado repentinamente á desempeñar las funciones de cajero, no pierde de vista su caja, la cierra con cuidado cuántas veces la abre, y cuenta los billetes de banco y los montones de oro, diez veces por dia; se asemeja á un pobre diablo cuya bolsa se halle generalmente vacía, y consigue un dia poseer un billete de mil francos; toca á cada instante el precioso papel; le palpa, se asegura de que está siempre en el mismo sitio, y se baña de sudor frio cuando sus dedos no le encuentran instantáneamente. Poco á poco se acostumbra á ser cajero y á llevar dinero en su poder; se hace ménos tímido, ménos prudente... y entonces, es cuando es robado.

¡Ay! Jorge Leroy, debia de sufrir esta triste experiencia.

VII

Acababa de pasar al salon con Mr. Markett, cuando entregaron á Mr. de Servan la tarjeta del baron de Saimpré.

El conde, que se hallaba con sus hijas, las dejó inmediatamente, y se dirigió al despacho de su yerno, en el cual habian introducido á su visitador.

—Caballero, dijo en seguida Mr. de Saimpré, en respuesta á una carta mia, me habeis hecho el honor de escribirme un pequeño billete que no he comprendido bien, y á propósito del cual cometo la indiscreccion de veniros á pedir algunas explicaciones verbales.

—Vos no podeis ser indiscreto, caballero, contestó el conde tratando de sonreir. Estoy á vuestras órdenes.

—Me escribís, replicó Mr. de Saimpré, frio, seco, pero político, que habeis dado á vender valores, y

que os veis obligado á esperar su negociacion para desquitaros conmigo.

—Sí, en efecto, siento vivamente este retardo; pero es ajeno á mi voluntad.

—¿Cuánto tiempo durará?

—No puedo precisarlo, balbuceó el conde.

—Sin embargo, os habrán fijado un límite para esa venta, tres dias, una semana, quince dias acaso.

—Quince dias precisamente, se apresuró á decir Mr. de Servan.

Pensaba que era preferible ganar tiempo, y que Mr. de Saimpré le dejara libre por quince dias; pero hubiera sido preciso que este aceptase antes esta próroga, y no parecia dispuesto á ello.

—Veo, repuso el baron, con tono cada vez más frio, que vuestro agente de cambio ó vuestro apoderado, hace de vos lo que quiere, y os aconsejo, os pido, que le recojais vuestros títulos.

—Pero yo no puedo... yo...

—¡Cómo que no podeis! ¿Luego están vendidos?

—Todavía no.

—Entonces, recobradlos. ¿Quién os lo impide?

—¿Y qué haré de ellos? ¿Cómo obtendré el dinero?

—Me los entregareis en pago, dijo el baron con la mayor sangre fria, y si hay alguna diferencia en vuestro favor, os la abonaré. Creo no puedo avenirme mejor, lo reconocereis: os quito ese cuidado y

os evito esa tardanza... irregular, gravosa para mí y poco honrosa para vos. Esto es lo que queria decir.

—¡Bueno! dijo el conde con mayor audacia...

—Pediré los títulos segun vuestro deseo y os los enviaré.

—¿Cuándo?

—Pues... mañana.

—Evitao tambien esa molestia. Entregadme una tarjeta para vuestro agente, y yo mismo iré á buscar vuestros valores. Acaso me arregle tambien con él al mismo tiempo para una venta más rápida. El asunto es que abreviemos, os lo ruego; deseo estar esta noche en el círculo, muy temprano. Se trata de una partida soberbia, y quiero hallar un asiento ante la mesa, porque no gano nunca, cuando juego de pié.

El conde se estremeció al oír estas palabras: ¡una partida soberbia! ¡Si él pudiera rehacerse, pagar á su adversario, ganar algunos miles de francos de los cuales tenia tan perentoria necesidad! Pero no habia que pensar en ello; ¿y cómo habia de jugar sin haber pagado su deuda, y sobre todo sin arriesgar alguna puesta? Esto era una lástima, él creia haber notado hacia algun tiempo, que sus venas eran intermitentes, cada dos dias, como ciertas fiebres; al dia siguiente de la noche en que habia perdido, hubiera ganado inevitablemente. ¡Qué afortunado estaria despues de la desgracia del dia anterior!

Como ocupado en estas reflexiones guardaba silencio, Mr. de Saimpré creyó debia recordarle la realidad, y adelantándose hasta él, le dijo:

—Os ruego me entregueis la carta para vuestro agente de cambio.

Mr. de Servan se estremeció y todos su pensamientos se desvanecieron.

—Dios mio, contestó con voz insegura, no veo la necesidad de escribir la carta que me pedis. Vos no podeis enviarla esta noche, y mañana á primera hora iré yo mismo á casa de mi agente.

—¿Con seguridad? replicó el baron, cuyo tono se hacia ya agresivo. Pues bien, ¿quereis, caballero, que os diga francamente cual es mi opinion?

—¿Qué opinion?

—Esta: vos no habeis confiado ningun valor á vuestro agente de cambio.

—¡Caballero!

—Fácilmente podias probarme lo contrario; escribid.

¿Por qué no habia de escribir á un agente cualquiera, al cual iria á decir al dia siguiente: «Me he equivocado de nombre, os he escrito, creyendo escribir á Fulano; no hagais caso de la carta que os traigan?» Así alejaria por un instante á Mr. Saimpré, cuyo tono y maneras empezaban á inquietarle.

Además, la famosa partida de que el baron le habia hablado y que iba á dar principio á los pocos

momentos, estaba siempre ante su vista. Acaso podría procurarse algunos luises y reparar todos sus desastres.

Resolvió, pues, desembarazarse antes de todo de su acreedor, y buscó lo necesario para escribir. No halló más que pluma y tintero, no pudo descubrir el papel de cartas, y pensando que su yerno le habria encerrado en el cajon, tiró de él y le abrió.

Entonces se apercibió de los billetes de banco.

Estaban allí; bajo sus ojos, hechos un lio, formando un volúmen magnífico, seductores hasta lo imposible.

—¿A quién pertenecía aquel dinero? ¿Por qué aquella suma tan considerable se le presentaba en aquel momento?

—La diosa de la fortuna parecia decirle: «Tómalo, tómalos, corre á jugar, serás invencible; dentro de una hora, volverás rico, tan rico como en otro tiempo.»

—Pero este dinero, no era suyo. Hizo un movimiento para cerrar el cajon.

—Mr. de Saimpré, que habia visto los billetes, detuvo al conde:

—¡Oh! ¡Oh! caballero conde, le dijo; estais más en fondos, de lo que me habeis hecho creer... me admira vuestra conducta conmigo. Me haceis esperar tres dias el pago de una deuda de juego, me hablais de valores en venta, me poneis en un compro-

miso, cuando teneis ahí, bajo la mano, una suma más que suficiente para pagarme.

—Mr. de Servan, estuvo á punto de decir:

—Este dinero, pertenece á mi yerno, no tengo derecho para tocarlo; pero un falso orgullo le detuvo; le repugnaba confesar que no estaba en su casa, que habitaba en la de Jorge Leroy, que era el huesped, el pensionista de sus hijas. Cuando daba las señas de su domicilio, no hablaba nunca de ellos y se ingenia-
ba para hacer creer que habitaba su propia casa. El antiguo millonario se sonrojaba de su dependencia y su pobreza actuales. Creyó hábil hacer suponer á Mr. Saimpré que aquel lio de billetes de banco, le pertenecía. El se decia, y en parte tenia razon, que se es más indulgente con los ricos que con los pobres; que se reclama con ménos exigencia, una deuda á los primeros que á los segundos. El lo habia experimentado frecuentemente: en la época de su fortuna se veia obligado á pedir diez veces sus cuentas antes de obtenerlas, y hoy, sus proveedores, se las presentaban mucho antes de que se las pidiera.

Estos cálculos eran deplorables con un hombre supersticioso como Mr. de Saimpré, decidido á tallar aquella misma noche, bancas formidables, á fin de continuar su vena de los dias anteriores, queria disponer de todos sus recursos, y en la conviccion de que se es más afortunado con el dinero de los demás que con el suyo, deseaba, segun la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNAM

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

sagrada, *jugar sobre el terciopelo*. Insistió pues, para que fuese pagado inmediatamente, fué tenaz, y se hizo impertinente ante las resistencias del conde.

Bien pronto comprendió éste, que si resistía por más tiempo, una querrela, un duelo, serían inevitables: los diarios se harían eco del asunto, y habría un escándalo; lo que aun le quedaba de su antiguo prestigio, desaparecería, en fin, y lo más grave, los últimos círculos en los cuales jugaba, le serían cerrados. Al mismo tiempo, el lío de billetes de banco se agitaba entre sus dedos. Parecía palpitar, animarse, vivir. Le continuaban diciendo: «Tómalos, tómalos y paga; con lo que quede, ganarás lo que pagas en este momento; te enriquecerás para siempre, y volverás á colocar esa suma en el cajón, antes de que se aperciban de su desaparición.»

—Perdió la cabeza, apurado más y más por el barón, solicitado de todas las maneras, febril, enloquecido, pagó los setenta mil francos.

Luego, metiéndose en el bolsillo los últimos billetes de banco, salió precipitadamente para ir á jugarlos.

VIII

Conforme le había dicho Mr. de Saimpré al conde de Servan, acababa de dar principio á una gran partida, en el círculo donde ambos señores habían probado fortuna el día anterior. No tardaron en ocupar los dos un asiento ante el tapete verde y empezar de nuevo la lucha suspendida.

Pero Mr. de Servan, al cual haremos justicia, no tenía aquella noche, cuando llegó al juego, la sangre fría que nunca le abandonaba. Su mala acción, podemos decir su crimen, se le aparecía por momentos en todo su horror. Hasta entonces, podían acusarle de calavera, maldecirle por haber vivido tan mal, por haber sido fatal para los suyos; pero su honor permanecía intacto. Gozaba hasta de esa consideración que se guarda á los jugadores desgraciados, y si por ventura le sucedía que ganaba una serie de ocho ó nueve en una partida de *baccarat*, sus más encarnizados adversarios, nunca dudaban